



tiña...); expulsión de las brujas y los ladrones; expulsión de los gérmenes de enfermedades a otras regiones; prevención de los animales dañinos (mordeduras de perros, culebras...). Guardando sus cenizas sirven contra la tempestad. De igual modo, el humo de las hogueras ahuyenta de las cercanías del corral a las alimañas.

LA NOCHE DE SAN JUAN.— En la noche de San Juan —que es plato fuerte en el análisis de "La estación de amor"—, antes de salir el Sol, se recoge el ramo de San Juan en Baragua, compuesto por menta, rosas, lirios,

"Cachimorro", de San Juan de La-guardia (Alava), según litografía de E. Manso de Zúñiga.



azahar, espinos negros, manzanilla, malva, etcétera, el cual bendicen en el templo y lo guardan en casa para hacer infusiones y sahumeros o dar lavativas a las personas enfermas y a los animales. En la Cabrera Baja, en la provincia de León, "adornan sus puertas, durante el día, con flores que, a la mañana siguiente, van a morir y a dejar su fragancia en el fondo de las arcas, de la ropa, hasta el San Juan venidero".

Muchos son los temas tratados en "La estación de amor" y del que sólo podemos mencionar unos cuantos. Un verdadero caudal de datos, observaciones, sinopsis, recuadros y citas hacen de este libro lo mejor que se ha escrito en España sobre el tema, muchas veces vulgarizado por autores rampiones o por folletos de Ministerios.

No obstante, parece ser que las fiestas populares están en vías de extinción.

La diversión de hoy —nos dice el autor— es pasiva. El hombre —o la mujer— recibe todo hecho, sea por el televisor, sea mediante la radio, sea en el cine o en el estadio. Lo que se oye, lo que se ve e incluso lo que se come o se bebe es tan "prefabricado" con medidas y normas exteriores a él, que no le queda nada por hacer una vez que acepta el programa festivo o alimenticio. En las fiestas o diversiones antiguas —nos recuerda Caro Baroja—, la gente tenía que crear, que participar en su preparación o elaboración, aunque lo elaborado fuese un simple guiso casero.

Tal vez pronto desaparezcan las aldeas, las villas..., y es muy posible que los hombres nos programemos más y sintamos menos. Alguien lo hará por nosotros. Desde el Vaticano o desde el Pentágono. Tanto monta. Llegará un día que los nuevos ayatollah —ya se oyen sus ecos— tendrán toda la ciencia en sus manos. El resto de la Humanidad será una manada de gentes estúpidas y vulgares a quien se conducirá como un rebaño en su marcha ciega hacia la "felicidad". ■

Contra algunos mitos de la izquierda

LOS más o menos combatientes del 68 y aldeaños andan ahora, por mor de edad e inserción social, empezando a sonar en labores por ellos abominadas hace una década: gestionan despachos, cátedras, escriben libros. Uno de ellos, Gabriel Albiac, conocido fustigador de los neogiscardianos "nuevos filósofos" y especie de "enfant terrible" dentro del pensamiento marxista español, acaba de publicar un libro mitad evocación del peso derrotado de aquellos años, mitad latigazo contra toda ilusión de perpetrar revoluciones mediante quehacer filosófico (1).

Albiac sigue siendo un rojeras consecuente y, por tanto, no se

(1) "De la añoranza del poder o consociación de la filosofía". Libros Hiperión. Ediciones Peralta. Madrid, 1979.

recata de continuar afirmando que la cuestión fundamental es la del poder, que nada hay fuera de la lucha de clases y que o se está a favor de las relaciones de (re)producción capitalista o a favor de la revolución comunista. Su tesis es que, por desgracia, habiendo perdido la batalla, a los marxistas-leninistas no les queda más remedio que insistir en lo elemental, a menudo tan olvidado por tanto interesado como por ahí pulula: que el Estado de Derecho es también la forma de la dictadura ejercida por la burguesía, que no puede haber una teoría de la economía política marxista, puesto que la ideología dominante (y existente) es únicamente la burguesa en el poder; que dar en olvido la dictadura del proletariado no es baladí, sino abdicar de la lucha de clases (como si se pudiera abdicar de la realidad de la Historia).

Se le nota a Albiac la influencia malthusseriana, se le nota la derrota histórica de la izquierda, se le nota sobre manera la lucidez en equiparar la "alternativa" staliniana y la "eurocomunista-oportunista" como dos caras de la postración del movimiento obrero. Y Albiac hace lo posible porque se le note todo eso. Incluso no se recata en proponer sorpresas para el habitual lector de cuestiones marxistas: expone paralelamente fragmentos de Hobbes y de "Benito Cereno", de Melville, o cita numero-

Gabriel Albiac.



dos versos, o valora a Schelling, o consagra a Platón como meollo de toda filosofía occidental.

Porque, aparte de la meditación sobre el poder (o, por mejor decir, sobre la victoria de momento de la burguesía sobre las fuerzas revolucionarias), la obra apunta a un examen de qué es filosofar en nuestros días. Y la conclusión de Albiac es clara: no

puede haber "filosofía marxista"; la filosofía es burguesa, es decadente, y de ahí su grandeza. El filósofo discurrea, juega el más serio juego: el de tener que decir, pese a todo, que no puede decir lo que dice; el de no poder decir que dice aquello que tendría que decir y que no puede ser dicho. La fusión entre filosofía y poder es y ha sido siempre un de-

seo frustrado, y es imposible hablar de algo que no sea la derrota de esa aspiración. La filosofía se revela a lo largo de la historia de los textos como una técnica de intervención en otras disciplinas, que desearía aplicar en la práctica social precisamente lo que la práctica social le niega: Platón mismo aspiraba a que los filósofos gobernarán, pero él mismo

plasma el inevitable retorno-caída a la caverna.

El libro de Albiac es rabiosamente antimitológico: no hay filosofía marxista, no hay proletariado (no puede haber más clase que la dominante; si ésta perdiera pie, y hubiera otra clase consciente de sí, ese sería el instante de la desaparición de la burguesía), no hay, por tanto, "el" partido "del" proletariado. O partidos de realidades así o nos damos de nuevo el batacazo que algunos sesentaochistas nos hemos dado, parece sugerir Albiac. Tesis semejantes pueden tener gran importancia para quienes hoy pretenden pensar sobre lo que pueda ser la revolución: no hacerse ilusiones es básico, y, por desdicha, tanto el falso optimismo progresista en el terreno del pensamiento "marxista" como la supervaloración de lo coyuntural y tupido velo sobre lo estratégico en la lucha política colaboran en sembrar mitos y fantasías redentoras.

El talón de Aquiles (aunque, a la vez, el atractivo para ciertos lectores) de la obra estaría en su constante tono de desconsolada añoranza o amargura reveladora de impotencia. Sabemos que la tristeza histórica es inseparable, dados los hechos, de aquellos combatientes de ahora hace una década: pero quizá no es característica de todos; quizá algunos de entre ellos no pueden hoy estar "desencantados", puesto que (al fin y al cabo, actitud muy española ante el varapalo) nunca creyeron que el mundo iba a ser cambiado y quizá hoy, pues, piensen que más vale una piedra y que a partir de ahí a lo mejor es posible algo.

De momento, el propio Albiac ha escrito un libro (lo que en sí no es derrotista, no parece un suicidio). Es un libro, además, insólito en su ramo: es marxista-leninista, y es de filosofía. ■ MIGUEL BAYON.

Lectura materialista de la Biblia

ALGUNOS lectores quedarán sorprendidos al ver unidas estas dos palabras: materialismo y Biblia.

Pero deberían recordar que los especialistas en historia de las religiones llegan a la conclusión de que la religión más entra-

ADIOS A LAS LETRAS

Seis narradores cenan

Lo más radical que se dijo en una cena que seis narradores españoles compartieron hace unos días en Madrid fue lo que afirmó José Manuel Caballero Bonald, cuando el camarero le demandó el nombre de un postre: "Tocino de cielo", señaló, rotundo, el escritor de Sanlúcar de Barrameda.

La seguridad con que de tal modo se expresó el narrador de "Agata ojo de gata" obedece a lo que siempre les pasa a los españoles: se iba a Utrecht.

Cuando un español se va a Utrecht se mutila el universo, que diría José Hierro. En el caso de Caballero Bonald, cuando se va a Utrecht tiene que dejar atrás el nombre bien dicho de un postre.

No todos los que estaban en la cena se iban a Utrecht. En realidad, la mayoría volvía a Barcelona. La mayoría de los escritores siempre la forman quienes han ganado el Planeta; así que si entre seis, uno lo ha logrado, ya es mayoría. Y Juan Marsé se volvía a Barcelona con su chaqueta amarillosa y su billete del puente aéreo.

La cena de "los seis" la convocaba Argos Vergara, y en ella se congregaron, además de los referidos Caballero y Marsé, Jesús Fernández Santos, Juan García Hortelano, Juan Carlos Onetti, José Donoso y, entre los que de momento no ejercen la narrativa, Ana María Comert, vicedirectora de Argos; Rafael Conte, José Luis Rubio, Juan Cruz, Mario Lacruz y un servidor, además de Molina, uno de los ejecutivos de la enterprising editorial española. En punto y seguido cito a Mario Lacruz, director de Argos, a quien no me resisto a pedir que se edite a sí mismo alguna vez una de esas novelas que seguro que sigue escribiendo mientras sugiere a otros que nutran la historia de la narrativa española.

Si uno se deja llevar por lo que aparece en todos los escaparates, estaba claro que cenaba con los escritores más vendidos, o entre los más vendidos, de la literatura española de este momento. Sin embargo, tan serios y circunspectos, al principio de la reunión, los seis narradores convocados parecían más bien agentes de seguros a los que les hablan fallado los clientes. El clima no afrodisiaco se rompió cuando mis amigos de "Cambio 16" dejaron de fotografiarles, tratarles para la posteridad, y los devolvieron el vino, un rioja alta de calidad, cuyo poder tan tentador contrastamos con unas endibias al roquefort, para conmemorar la reciente declaración de amistad hispano-francesa. Aparte de Rafael Conte, que ha leído más de lo que se ha escrito, allí pocos hablamos de literatura,



Jesús Fernández Santos.



Juan Marsé.

y únicamente escuché cómo Juan Marsé le narraba a Jesús Fernández Santos, que escucha en pantalla panorámica, lo que había pasado con Heredia y Rifé en el Fútbol Club Barcelona. El propio Marsé fue interpelado por Rafael Conte: "Juan, ¿de verdad que nunca has escrito, o pensado escribir, una novela policíaca?". No escuché lo que respondió el autor de "Últimas tardes con Teresa", pero pudo haber contestado que no ha hecho otra cosa durante su vida. Mientras el diálogo cercenaba el silencio y sus espejos, Juan Carlos Onetti se entretenía mirando, y su mujer, Dolly, hacía de la presidencia de la mesa unos ojos maravillosos. Ana María Comert, la vicedirectora de Argos, paseaba entre tanto su mirada centroeuropea y se quedaba con todas las palabras. Al final también se quedó con mi ejemplar del Times, pero fue porque se lo regalé, aprovechando que hacía poco que el dicho periódico había salido a la calle. Los periódicos, y las revistas hay que regalarlos en cuanto salen, porque si no, se queman o se arrinconan. Y las novelas también deben seguir la misma suerte. Pero han de comprarse, porque si no ninguno de los seis narradores, ni sus acompañantes, podían haber cenado tan bien en un marco tan adecuado, tan bien regados y servidos como lo hicieron los escritores de la serie DB, la más popular de Argos, que fue la que concentró en Madrid a los escritores para que en la Casa del Libro firmaran —"cuarenta libros, como mínimo"; me dijo Caballero Bonald— ejemplares de sus novelas ejemplares. ■ SILVESTRE CODAC.